



CALANDRAJAS

Papeles de Arte, Pensamiento y demás cosas

NUM. 13

TOLEDO

FEBRERO, 1987

Edita: Tertulia Calandrajás - Apartado 247

De aquí el triunfo del forastero muy siglo XIX y muy clase media sobre lo típicamente regional. Si el toledano empieza a bullir, a trajinar o a adquirir personalidad es que se prepara a levantar el vuelo. Si estas mismas leyes y estos mismos movimientos los aplicamos al forastero es que va a internarse en la corteza indígena. Unos y otros luchan por atravesar la piel de la ciudad. Total, un doble fenómeno de endósmosis y exósmosis social. . .

La clase noble no existe en Toledo desde hace muchos siglos. Abundan las casas solariegas, pero hasta sus administradores suelen ser gentes extrañas. La matriz toledana piensa únicamente en volar, mientras la ciudad entera cae en manos advenedizas, que se la reparten casi por el mismo procedimiento que las vestiduras de Jesús. . .

(Félix Urabayan, *Toledo la despojada*; Madrid, 1924; pp. 207-208)

EL SITIO GOLPEADO

El viejo apaga la luz. La fosforescencia, casi plástica, queda flotando, un instante, sobre el marco derecho de la ventana antes de instaurar la monotonía de la sombra en la pieza. Es como si lo estuviera viendo, a través de la pared de madera, divisoria de su cuarto con el mío: la mano arrugada sobre el interruptor, un dedo, tal vez el índice, casi seguro, de la mano derecha, lánguido como el amanecer de un domingo lluvioso, oprime con fuerza el botón. La oscuridad. En la calle, bien abajo, ruge un motor y el silencio se resquebraja; suena otro clic del mismo húmedo, flácido, casi una anguila, pulgar, haciendo girar, esta vez con menos esfuerzo, la perilla de la radio. Todo se encamina, cadenciosamente, como una marcha de ensayo, hacia el relente opaco de una noche, otra más, de sábado. Yo estoy sentada sobre la cama, sin desvestirme, en silencio, atenta a la voz aguda que anuncia, enfática, una marca de desodorante. Los ruidos y el calor han trepado, y yo sin desnudarme, los ocho pisos, deteniéndose en cada peldaño, cada pasillo; por eso el sopor que presiona el techo de chapa como si quisiera volarlo, arrojarlo bien lejos, está atravesado por una línea de agobio. Las voces siguen alternándose, primero una aguda, después la grave, otra vez la aguda, y yo vestida, sobre la cama, con la oscuridad metiéndose por los poros, imagino: los verdes ojos negros del viejo que pugnan por permanecer abiertos. Abro los oídos para escuchar el primer ronquido. Despacio, con tiempo, como olfateando, mi pie derecho comienza a escarbar en el mocasín izquierdo, lo palpa, le clava el hocico, y el mocasín sale despedido desarmando la oscuridad para ir a estrellarse contra el biombo, supongo, ya que el cuarto fue sacado, hace rato, de la luz y es una sola, compacta, sofocante, sombra. Aún estoy sentada encima de la cama, sigo vestida, con un solo zapato y con la saliva que empieza a evaporarse en mi boca que ya no siento. Del otro lado de la pared de madera, divisoria, suena el gong, se oyen gritos y comienza el combate. Aún me sorprendo un poco, no oigo ronquidos, me levanto, primero un pie, después, bastante más tarde, el otro, permanezco con las rodillas dobladas un rato, como si fuera a saltar sobre algo, tropiezo, en el primer movimiento, con el mocasín que quedó a un paso de la cama. Busco a tientas, con la mano abierta, encima de la mesa de noche, que no es más, en realidad, que un cajón de pomelos Pindapoy abarrotado de cajitas de cartón, el paquete de cigarrillos. Una de las cajas, Sertal, pienso, por el ruido, cae al suelo, los fósforos no; saco uno y enciendo un Jockey justo cuando termina

el primer round en el otro lado de la noche. La luz de la llama, amarilla, orgásmicamente fulgurante, se ocupa de ubicar los muebles: una silla y la repisa, por un segundo y de golpe, en su lugar. Oigo, ahora sí, por fin, claramente, como a través de un caño grueso y áspero, de plomo tal vez, un ronquido breve, casi un estertor. Mientras tanto el humo celeste va disfrutando el calor, redondea la pesadez de esta noche de ventanas ansiosas, fluctúa, entre la chapa de arriba y el cemento del piso; suspiro, y la nube, como un bostezo, se desarma mansamente. Empiezo a sentir sed, estiro, esta vez sin moverme de la cama, la mano, que se introduce en el área de cajitas, y palpo, a ciegas, ciegame, el vaso, y lo sujeto del borde. Me voy irguiendo y trato de orientarme hacia la puerta. Salgo. Afuera, el calor acuoso acusa, casi como un cáncer que cunde, la costra aquietada del sopor. No hallo ningún elemento que me haga recordar la sensación de frescura. Hay una luna grande, atornillada un metro encima de un árbol, redonda, como si alguien la hubiese amasado a golpes. Las estrellas cintilan y se revuelven, vacuas en su aparente inmovilidad, en alrededor de la grasosa, grávida, grosera, luna. Llego hasta el agua después de atravesar la terraza, lleno el vaso y dejo que rebose, largo rato, como si lo estuviera enjuagando, hasta que me canso de estar ahí parada con el brazo extendido y corto el chorro adiamantado. Entro y enciendo otro cigarrillo, me deshago del único mocasín que llevo calzado en mi pie derecho, me suelto el pelo y vuelvo, más cansada, a la cama. Sobre la espalda, bordeando el bretel del corpiño, una gota, un hálito aguachento, desciende rozándome suavemente la piel. Entre dos rounds, alaridos, admiraciones, vuelvo a sentir sed y enciendo el velador. Una mosca gira, enloquecidamente, dentro del vaso. Se revuelve, verdosa, sobre el agua, en la noche, en el sopor, la mosca, enloquecida, y gira; después deja de aletear, mi mano se estira y un dedo logra rescatarla. Contra la piel, la mosca es un bulto húmedo, fresco, como una miga de pan remojada en vino. La apoyo sobre la mesa de noche, que, en realidad, es un cajón enclenque, de madera, de pomelos o naranjas Pindapoy, cubierto de cajitas de cartón, y bebo toda el agua de un solo trago. Desde una repisa (y al lado suena otro gong, más voces, música) dos jazmines que parecen velas derretidas en agua negra, practican, imperceptibles, un ligero cabeceo. Y ahora estoy pensando en desvestirme. Y pienso en quitarme la remera primero. Y ahora pienso que los pantalones se pegan a la piel y dan demasiado calor. Si me deshago de la remera, podría, imagino, aflojarme el corpiño. Pienso

so que el elástico de la bombacha me ajusta demasiado la cintura. Arrojo, entonces, la remera, el pantalón, el corpiño, la bombacha, lejos, en ese orden, mojados de humedad, humedecidos, hacia el rincón. Y ahora empiezo a recostarme, como si me empujaran suavemente, me inclino hacia adelante para tocar un pie, me dejo ir, estoy sintiendo el alivio del elástico de la bombacha sobre la cintura, estoy volviendo, ahora, hacia atrás, y me recuesto, cabeceando casi, como los jazmines derretidos. Quiero apagar la luz pero presiento que voy a sentir sed cuando apague la luz, decía, voy a sufrir la ansiedad de tomar un vaso de agua fresca, a oscuras; entonces, dejo la luz encendida y no cierro los ojos, y recuerdo que hoy es sábado, y el aire vestido de negro, ennegrecido, de la calle, y las voces en la pieza del viejo, primero la aguda, luego la grave, siempre entre dos campanazos, y el elástico de mi



DIBUJO: VELA SILLER

bombacha a lunares, y la sed, y los, por qué no, jazmines cabeceando, me confirman, corroboran para mí, todos juntos, que hoy es sábado. Tengo, ahora, clara, compacta, la certidumbre de que siento sed, a pesar de la luz que brilla, brillante, a un palmo de la chapa del techo, e intento distraerla, desviarla (al lado acaba de sonar otro gong y ya recomienzan las voces graves y agudas y la música) y poner en mi cabeza algún signo, un mensaje, cualquier medida que me haga olvidar la sed, y que hace calor, y que es noche y sábado. Y sin darme cuenta empiezo a palparme los pechos, deslizo una mano, cualquiera, sobre uno, primero, cualquiera, y, en seguida, como clasificando, reconociendo, por arriba, por debajo, sobre el centro, y, sin más emoción, o menos acostumbramiento, sobre ambos. Nada se abre, como esperaba, en el pensamiento, y ahora, la misma mano, como decía, comienza a bajar, y como decía, sin más emoción, habituada, sin deslizarse, atascándose más bien en la transpiración, que forma manchitas, como hormigas coloradas, o trocitos de hormigas coloradas, encima, siempre descendiendo, de mi vientre. Alrededor, el calor desaparece, va desparramándose sin dar lugar, por buscar un ejemplo, al ingreso de otra forma; simplemente se hace de lado, un instante, y sé, que después va a volver con más sudor, más fatiga, transformado en anillos, para rodearme íntegra, pero igual, lo mismo, mi mano se detiene en la muchedumbre triangular de pelos, no húmedos, curioso, y toca vagamente, organiza, ella sola, por entre los racimos de sombras más espesas, mientras busca, sin desesperación, sin calma, una entrada, mientras baja, de algún modo, hacia el torrente semivacío, parsimonioso, de flujo caliente. Ella, la mano (y yo no sé por qué estoy pensando en un árbol de navidad que vi a través de una puerta semiabierta una tarde de diciembre en que salí a pasear por el barrio con papá y mamá, cuando mi tiempo era de niñez y yo niña) va entrecortando grumos, y cada dedo es, ahora, una especie, se me ocurre, de transeúnte en carrera por llegar. Hasta que entra, borroso, en diagonal, y sacude las esquinas, que se sobresaltan y quedan, por un momento, temblando, y la palma de la mano y una parte del antebrazo se agitan, se acalambran, van, retroceden, rítmicos, atolondrados, de un modo gradual, sin sumantar la temperatura, otra vez, vienen, salen, viajan sin avanzar, encima de mi vientre acuoso. Y más abajo, siento, o imagino, un remolino de hojas secas sacudirse en espiral, y hay una noche más, que se instala, como una muerte, así de segura, dentro de la otra, de ésta, calurosa, de sábado, gongs, voces gra-

ves y agudas, música, noche. Queda, entre los dedos, después del repliegue, un pedacito de uña, esmaltada, dura, todavía identificable, que alterna dedos, asciende hasta la palma, frente a los ojos, se extravía un instante, reaparece, y vuelve a perderse, ahora, ya, definitivamente. Y todo, dije que lo sabía, regresa, intensificado, desde las puntas hacia el centro, recomenzando, nítido, y se acomoda, todo, el calor, la sed, el sábado y, hasta, la canaleta rojiza del elástico de la bombacha, encima de mi cuerpo. Y busco, ahora que mi respiración ha vuelto a su cadencia habitual, alrededor, entre las cajitas, encima de la mesa de luz, que es un cajón desarticulado y áspero, grasiento, como la luna, el atado de Jockey Suaves, y prendo uno, y trago humo monótonamente, y mis dedos intentan asir el cenicero, despacio, alados, podría decirse, que cae con ruido sobre el piso. Mientras, mareada, nauseabunda, trato de erguirme y agacharme, en un sólo movimiento fraccionado, como el giro enloquecido de la mosca, para aprisionar la remera amarilla. El cuarto centellea un poco y para de dar vueltas, se reacomoda, sucesivo, móvil, y cae, lentamente, como apuñalado, en el mismo lugar. Suena otra campanada y busco algo donde fijar la vista mientras me calzo la remera sobre mi desnudez. Salgo así, con la remera cubriéndome el pubis y los pies arrastrando el hollín de las baldosas de la terraza. La noche parece debilitada, más liviana, menos sábado; continúa, un poco encogida, desintegrándose, a esta altura, con manchas claras recorriendo el cielo, ondulando, sin embargo, pareciera, por detrás de las estrellas. El vaso, sujeto, ennegrecido por mi mano, me conduce, adelantado, hacia el fuentón de cemento y me arrastra delante de la ventana del viejo, a través de la cual, como por ósmosis, se evacúan voces superpuestas, graves y agudas, que se pierden, dobladas, como de perfil, por el espacio negro, redondo, que dejó la luna al retirarse, en el cielo. Y me maravillo, cuando, después de tres vueltas y un poquito, sin previo anuncio, comienza a verterse, en un chorro, un pedazo de luna que se revienta contra la base del fuentón. Y me maravillo, decía, quizás porque en ese mismo instante, justo cuando la punta de agua blanca golpea y se desarma en astillas, astillándose, como una cosquilla brillante y repetida, desaparecen, de golpe, transformándose rápidamente en recuerdo, las voces agudas y graves, y nace, también, como proveniente de la explosión del agua contra los azulejos verdosos, el rumor de los autos, en algún, no lejano, ni menos solo, lugar. Y con la continuidad de una escalera, surge otro hecho, a partir

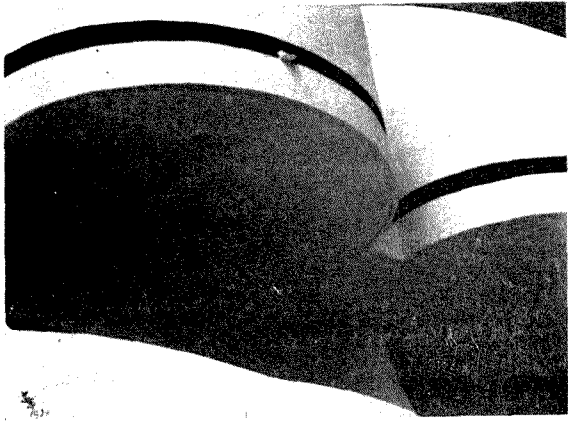
del agua, que dicho sea de paso, sigue fluyendo y me va empapando, según me alejo, o me acerco, la parte superior de los muslos y el borde de la remera, llegando al suelo convertida en una garúa no molesta, y esa manera de llover, angostamente y reticente, que tiene esta agua fresca, hace que me olvide, por un instante, más no sea, del calor que impregna la noche, otro hecho, decía, surge, no menos cíclico, que comienza con la puerta del viejo abriéndose y dejando escapar, recto, amarillo, un haz de luz que divide a la terraza en dos porciones iguales, y detrás, oscureciendo el reflejo de la puerta, asoma la figura arqueada, con una mano en la bragueta, sosteniéndose, podría pensarse, la cabeza con la otra mano, del viejo, mirándose, no creo que con sorpresa, y retirando, sin demasiada convicción, la mano de la cabeza. Un hilo de agua comienza a descender por mi muslo derecho y queda atorado, solo por un momento, a la altura de la rodilla. Yo pienso que debo decir algo; lleno el vaso y cierro la canilla, tres vueltas y un poquito hacia la derecha y el estruendo cesa, se paraliza, como hace, calculo a grosso modo, un minuto, se paralizaron las voces agudas y graves y la música en la pieza del viejo. Los dedos de mis pies han quedado rodeados de agua, sumergidos en un hueco que produce un desnivel del piso. Y mientras el viejo cruza a la otra zona, de este lado del haz de luz, señala, sin mirarme, con un dedo rosado, hacia su pieza, y sin detenerse, con la vista fija en la puerta del baño, sabiendo que será lo único que va a decir, dice, con la voz cicatrizada de sueño: "No sabés qué peleón".

Rubén Bernabiti



MANUEL CARRERO, FOTOGRAFO (y otros oficios intermitentes)

Manuel Carrero de Dios es fotógrafo. Fotografar, según la gramática clásica, es un verbo transitivo y, como tal, cuando su acción incide sobre algún ser, éste recibe el calificativo académico de complemento directo. Por lo tanto, es evidente que cualquier fotógrafo, en el fondo, retrata complementos directos. Manuel Carrero logra además descubrir los indirectos y los circunstanciales que componen el predicado que se extiende en los trescientos sesenta grados del objetivo de su cámara. Creo que esta habilidad técnica y "gramatical" podría ser el tema de su discurso de entrada en cualquier academia de ciencias o letras.



Gandía (Valencia). 1982

Efectivamente, Manuel Carrero, Manolo para quienes le conocen bien y comparten habitualmente el humo de su pipa incandescente, es además de analista sintáctico un consumado investigador que, encerrándose en su laboratorio, indaga continuamente hasta llegar a las entretelas del mundo, el demonio y la carne. Cuando abandona el cuarto oscuro con las copias obtenidas, muestra las imágenes de un mundo que nos rodea y que por cotidiano y, tal vez, aburrido solemos pasar de él. Es entonces cuando cobra valor la obra gráfica de Manolo, vemos actitudes inquietantes, estructuras misteriosas y texturas recónditas que pueden llenar el cerebro de puntos suspensivos.

La obra de Manuel Carrero tiene también algo de heterodoxa. A menudo su interés cuando descubre un filón lo explota hasta el final, pero su labor no só-

lo es lineal, sino que a medida que avanza se interesa por lo adventicio. Este método de trabajo no sería asumido, por ejemplo, en una redacción de prensa habitual, pues Manolo retrata el reflejo de un hecho y no al hecho en sí. La noticia de un accidente, una victoria deportiva o el rictus de un político en la tribuna son ya imágenes tan familiares que a veces los reportajes gráficos de un periódico se convierten en meras repeticiones de fórmulas. En estos casos Manolo daría un giro al objetivo de la cámara, escudriñaría en los espectadores, congelaría los rostros de una grada y, en definitiva, su trabajo podría ser enjuiciado como un espejo que devuelve la imagen de su entorno lateral en vez de trabajar de un modo directo y lineal.

Con todo lo dicho hasta ahora se intentan delimitar las parcelas que Manolo trabaja dentro de la fo-



Ibiza, 1982

tografía. Para él, el hecho de mirar, enfocar y disparar lo resume como una cuarta parte de lo que debe ser esta expresión artística, el resto, las tres cuartas partes, lo deja para el laboratorio, donde a solas, en la oscuridad, manipula los medios con recursos varios, como si de un nigromante se tratara. Y es que en la fotografía hay mucho de alquimia y brujería para los no iniciados.

El interés por lo humano

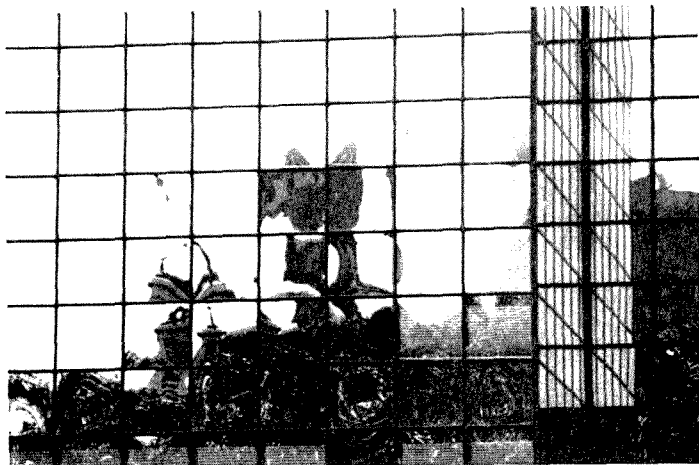
Alguien puede pensar que la obra de Manuel Carrero es tan analítica que pierde vida, cuando en realidad es lo contrario. Carrero es una persona cargada de humanidad y en sus facetas se muestra como un anti-

guo humanista preocupado por el ser y su razón. Es un filósofo en 35 mm. Repasando su archivo, él confiesa su gran interés por el retrato, pero tomado como algo conceptual, no como la plasmación artística de un rostro concreto. Para lograrlo observa mucho y sabe ajustar la máquina para que en el momento preciso el obturador abra su ombligo y retrate al personaje indicado. Descrito así el proceso, se ve que en él hay mucho de cazador paciente que sabe esperar a la "presa" en el lugar apropiado. Conseguir que una actitud de la vida quede reflejada en una fotografía necesita primero identificarse mucho con la condición humana y conocer sus pasos para poder "cazarla", eso sí, sin dolor y con afecto hacia ella.

Esta pasión por el hombre le hace que capte lo anecdótico y sus consecuencias. No le gusta la imagen morbosa que puede conllevar un grito desgarrado, tampoco busca crispaciones, si las tiene que sugerir le basta con enfocar la cámara a una referencia próxima que recoja el eco dramático deseado. Carrero suele retratar rostros anónimos ajenos al pecado original. Tampoco le gusta la galería donde la persona queda moldeada por la voluntad del fotógrafo, sale a la calle, mira y dispara y así va coleccionando actitudes espontáneas que forman el album de una vida.

Sobre la arquitectura

Casi por una casualidad, Carrero un día se fija en los edificios y de pronto comienza a interesarse por su



Madrid, 1984

alma y su expresividad. En el fondo este tema no es sino la continuación de la dimensión humana, la vivienda, desde que el hombre se metió en una cueva y arreglándola a su gusto, con el devenir de los tiempos, la transformó en la Torre de Madrid.

De nuevo su método dicta el proceso. Primero retrata el conjunto y después pasa a las partes, a las estructuras. Si cuando retrata rostros anónimos es capaz de revelar sus interioridades, al tomar un edificio, sencillo o monumental, busca las formas y volúmenes esenciales que van a formar el alma de la construcción. Sabe resaltar el más humilde detalle de cualquier sencilla casa o las posibilidades de un lujoso banco construido en cristal y acero. Concretamente esto último le ha llevado a investigar sobre los "muros cortina", como elementos que a su vez captan otra imagen reflejada accidentalmente original.

Carrero, de nuevo, se manifiesta como heterodoxo, en vez de fotografiar una perspectiva o el total de una mole arquitectónica se detiene en los reflejos que sobre ella recaen y configuran en su superficie nuevas realidades tal vez distorsionadas. ¿Distorsionadas?

Las texturas

Las texturas suponen otro jalón en la labor fotográfica de Manolo. La clásica fórmula del investigador que consiste en ir de lo general a lo particular se cumple perfectamente en este caso. Hemos señalado la atención y la fijación por un tema hasta descubrir todas sus posibilidades y agotarle, después, con la agudeza de un entomólogo, profundizará en las estructuras más simples que componen un todo y logra mostrar la sustancia más íntima que forman las superficies.

El trabajo de texturas necesita una gran atención, primero para descubrirlas y luego para saber intuir la capacidad plástica que pueden tener. Es un gran esfuerzo el llevar a la superficie plana del papel las sensaciones tridimensionales que un objeto presenta bajo las yemas de nuestros dedos. Carrero tiene esta habilidad y sus texturas transmiten sentimientos y evocaciones que, a veces, otros fotógrafos no logran fotografiando un amplio paisaje.

La foto del ayer

El espíritu curioso que tiene Manuel Carrero ha-

ce que se embarque en cualquier empresa que gire



Gálvez (Toledo), 1984

cerca de su querida fotografía. También casi por casualidad descubrió el ayer de la cámara oscura a través de tocar históricos negativos de colegas decimonónicos. De pronto se apasiona por el tema de la fotohistoria que para muchos sólo representa una curiosidad de tertulia.

Carrero entra en este campo en Toledo, donde siempre lo histórico juega un papel tópico. Sobre esta ciudad es sabido que gravita la losa del pasado y a veces todo un rancio patrimonio que es esgrimido para mil circunstancias. El fotógrafo puede llegar a encontrar aquí motivos para hacer en realidad postales y a lo sumo cuatro innovaciones posmodernas. Manolo ha escapado de esto, para él la ciudad es tan concreta que no se atreve a tocarla y repetirla, de nuevo gira, busca y se interesa por algo marginal: ¿quiénes fueron los que hace un siglo comenzaron a exponer sus placas en este vetusto lugar?

Su interés por este campo es como hemos dicho tan marginal que ni para muchos fotógrafos despierta pasión alguna ni para circunspectos historiadores, que sólo ven una anécdota menor nacida ayer y menos interesante que un documento manuscrito. Carrero ha desempolvado los viejos clichés y ha revalorizado la labor de antiguos fotógrafos, ha llegado a rizar el rizo, es decir, ha entrado en el interior de la fotografía misma.



Valladolid, 1979

Final o retrato en exposición de algunos segundos

Curiosidad, observación, método, humanidad y algo de heterodoxia resumen los datos que se necesitan para componer un posible retrato de Manuel Carrero de Dios, que por cierto es difícil de hacer con una cámara convencional ya que él siempre prefiere estar detrás y no delante de ella.

Serán precisamente unas particularísimas notas suyas las que mejor nos cierran este acercamiento a su personalidad y a su obra plural y rica:

"Hay gente para todo. Los hay que tienen un canario, algunos un periquito, quién más quién menos un geranio. Yo además de una gata y un canario, tengo una Mamiya, una Miranda y una Pentax, además de mi querida Retinete que hace tiempo pasó a la reserva activa".

Y nosotros añadimos: y una pipa siempre humeante.

Rafael del Cerro Malagón

ACLARACION DEL SILENCIO

*Sólo el silencio aclara, nos callamos
y el resplandor propaga la esperanza
encendiendo la sangre. Entre los hombres
hay tantos vuelos rotos, tanta sombra
sobre un mar que de súbito se vuelve
pedernal contra roca, ocaño en piedra
despertando en las olas su granito.*

*Sólo el silencio lleva hasta la luz,
mitiga la mirada, da a los labios
su paz total, despierta vecindades
y ampara de la noche, pone al miedo
vigilando a la aurora por si viene.*

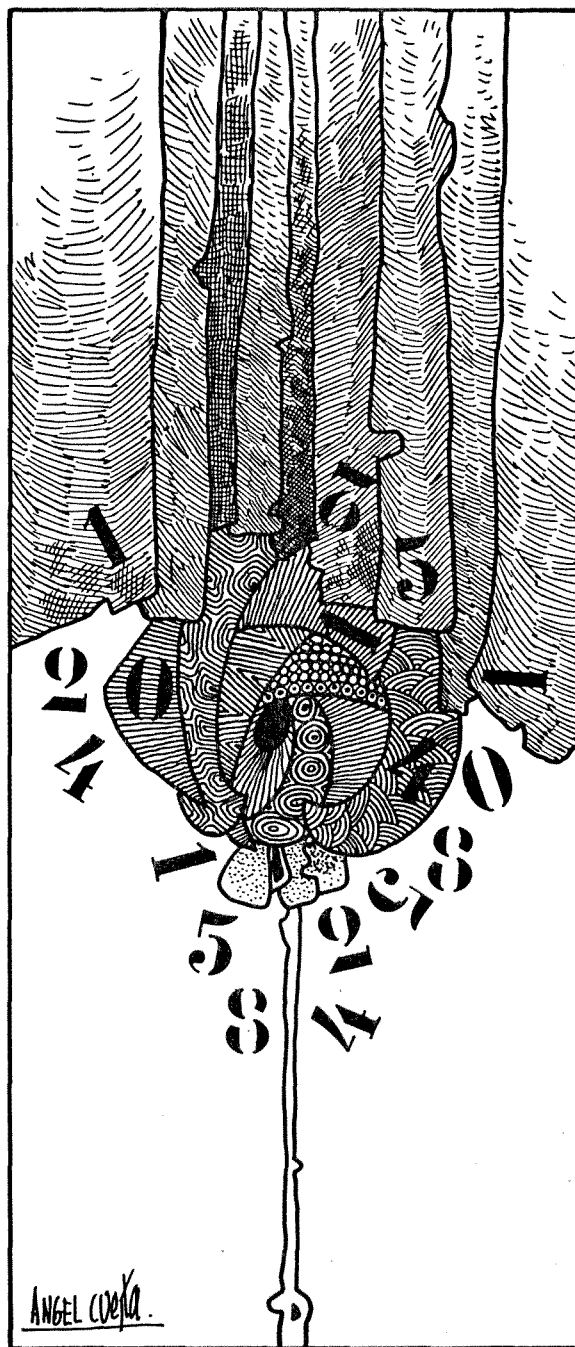
*Hay veces que las horas distorsionan
los besos en las manos, cunde el tiempo
vaciándose en los ojos, roto cántaro
de tedio y de penumbra, mientras rasan
las aguas su tristeza y ya no vemos
llegar a Dios aquí, ciegos y solos
sin más norte ni señas que el milagro
tanteando la luz y la palabra.*

*Sólo el silencio eleva el corazón,
los huertos interiores, el camino
de la alegría en pie; nunca los árboles
del destierro final cuando sentimos
en par la desternura, y se hace acedo
el incendio del vino y la caricia
no nos cabe en la piel ni nadie atiende.*

*Pero la luz aguarda todavía
como mujer desnuda en algún sitio
del mapa troceado, y Dios nos tiembla
igual que una palabra entre los labios.*

*(¡Ah, Dios, mira derecho a nuestros ojos
para ver si el silencio nos conduce!)*

Valentín Arteaga



EL GESTO

I

al llegar a la otra orilla

retumbó

el silencio

el gesto

sembrado de cactus blancos en sus espinas

II

en sus espinas blancas

desvencijada imagen

inherentes formas de gris perla

cuando el sol anquilosó sus rayos

era

ya tarde

el crepúsculo se mecía incesante

en dirección a la noche

Antonio Zamora

APUNTES Y FRAGMENTOS DE UN CANCIONERO ANONIMO

UN HALCON, UN CABALLO Y UN REY (Antigua balada escocesa)

*¿Por qué gotea sangre tu espada?
¡He matado a mi halcón más hermoso!*

*Sangre tan roja no es sangre de halcón.
¡He matado a mi bravo caballo!*

*¿Y por eso estás triste? No te creo, hijo mío;
tu caballo era viejo y te sobran corceles.*

*¡He matado a un hombre! Fue muy fácil;
defenderse no pudo, o pudo y no quiso.*

*Un hombre vale menos que un caballo
y menos que un halcón, si era cobarde.*

*¡Aún me mira! ¡Me mirará siempre!
¿Dónde puedo esconderme? ¿Dónde? ¿Dónde?*

*¡Limpia tu espada! ¡Seca tus mejillas!
¡Un príncipe que llora no es un príncipe!*

*¡Maldita seas, madre, por tus malos consejos!
¡He matado un halcón, un caballo y un rey!*

FRAGMENTO DE UN POEMA ANONIMO IRLANDES

*Tuve un sueño: a una ciudad ajena
con los ojos vendados me llevaron.
¡Esta será tu tierra desde ahora!
Y no regresé nunca de mi sueño.*

OTRO FRAGMENTO ANONIMO (SIGLO XII)

*Sabiamente dispuestos en orden de batalla,
al ignoto caudillo precediendo,
llevan blancos escudos en la mano,
son de pálida plata sus emblemas.
Con sus cuerpos hermosos, delicados,
y sus ojos lucientes, como azul con estrellas,
asolan toda tierra donde pasan,
mágica hueste, rauda y vengadora:
mi corazón aguarda su llegada.*

MADRIGAL

*Te mostrabas desnuda,
pero no quise verte.
(El sol daña los ojos
si se mira de frente)
Tuve miedo a quedarme
ciego para siempre.*

EPITAFIO SIN NOMBRE

*En mis tiempos fui un célebre erudito:
lo supe todo de lo que no importaba.
La muerte me cogió desprevenido
entre dos fechas y una etimología.
Ahora espero paciente a algún curioso
que rescate mi nombre del olvido.*

José Luis García Martín

EL ENEBRILLO

La víspera de la boda de la Juana, los mozos pidieron la botifuera. Llamaron, no sin cierta crueldad, al Enebrillo para la celebración. Asesorado por su madre, fue con ellos a la bodega. Allí tuvo que aguantar toda clase de bromas. Procuró beber más de la cuenta —este vino maldito, no emborracha—, se sentía morir, deseaba llorar; sin embargo, estaba allí para que nadie supiera que sufría, haciendo como si no le importase un comino el casamiento de su novia con otro. —¿A quién pretendía engañar? ¡A todos!, le dijo su madre—. Nadie tiene que verte triste. Si gastan bromas, tú el que más, y si ríen. . . ya lo sabes, a reír, pues no se mofaría poco si la fúesen a decir que no has ido a la botifuera. Come y bebe, gasta chanzas como el que más, hijo, hay que disimular.

El Enebrillo no sabía de disimulos. No podía confiarse a nadie, no le entenderían, serviría de burla su dolor; todos sabían que le dijo ella el segundo día de la fiesta: “Los tengo todos”. Se sentía humillado por tener que estar allí bebiendo, cuando sólo deseaba hablar con alguien, con un amigo, mas no parecía que a ninguno de ellos les importase demasiado su angustia; sus hermanos lo sentían, pero no hablaban del asunto por nada del mundo, y su madre le mandaba gastar bromas. ¿Estaría volviéndose loco?

Con el jarro en la mano se fue camino del monte; allí estaba su amigo, su árbol niño; se abrazó a él y lloró durante mucho tiempo, le habló de cosas del sentimiento, diciendo: —Amigo mío; no entiendo a la gente, necesito decirles que tengo derretido el pensamiento y el sentir, que a duras penas me sostengo en pie, que deseo morir, darme cuenta de mi muerte sería el don más grande que se me pudiera conceder; sólo han pasado tres meses desde aquél día, ¿recuerdas?; ni un sólo instante dejo de pensar en lo mismo y aún sigo sin entenderlo. Me dicen que tengo que disimular, cuando sólo deseo hablar, sin encontrar a nadie que quiera escucharme; quiero llorar y tengo que reír, quiero gritar y debo callarme. Querido amigo, estas sinrazones de ellos me hacen más daño que lo pasado, pues ya no tiene remedio, mañana se casa, ¿por qué la gente no habla de lo que desea?, ¿me estaré volviendo loco? El trabajo no llena mi vida, sólo quisiera hablar y dormir. . . hablar y dormir. . . hablar y dormir. . . Quisiera pregonar a los cuatro vientos: ¿sabéis lo que me pasa? ¡tuve novia y, sin mediar palabra, cuando la saqué a bailar, delante de todo el

pueblo me dijo que “los tenía todos” y, sin darme una explicación, mañana se casa con otro! Al menos, ella fue valiente, me despreció delante de todos y yo ni siquiera puedo llorar porque dicen que eso no es de hombres. . . Se supone que tengo que reír y despechado hablar mal de ella, tirando por tierra su honra. Dos años ha sido mi novia. . . ¡Ay, cómo me quería!, pero qué digo: ¡no!, cómo la quería yo. No sé lo que hago, y mi madre no me entiende.

—¿Por qué? —gritó— ¿Por qué?

¡Duros de corazón son los de allá abajo, querido enebro, amigo mío!

Sólo tuve alegrías en mi vida: primero juegos, trabajo y, cuando me hice un hombre, mi novia; todas las noches a su puerta, sin dejar ni una; así dos años, dos, ¿te acuerdas de por qué me llaman Enebrillo? No me molestó el apodo, amigo mío, quisiera ser como tú, haber crecido despacio, ser aún pequeño, ser árbol. . .

¡Mañana se casa. . .! ¡Mañana se casa. . .!

Enebrillo amigo, los hombres no mueren de dolor. ¿O sí? O, acaso, espero que suceda algo y por eso me sostengo en pie. Me duele hasta el sentimiento y nada me importa. ¡Casarse sin amor! Porque ella no le quiere, ¡no! —bebió un trago del jarro—. Este vino, para desgracia mía no emborracha, ni siquiera me queda el consuelo de la embriaguez, los días claros y soleados me ponen triste, las flores, el cielo y los pájaros ya no me llaman la atención. Las noches estrelladas me insultan con sus guiños y hasta parece que las aves de mi corral me miran y se ríen, ni siquiera me temen, no doy miedo a nadie. ¿Quién podría temer a un cobarde que no pide explicaciones a su novia, dejando todo así, como si no me importase?

¡Qué sabe mi madre de mis sentimientos! Nadie me escucha, amigo, sólo tú, sólo tú. . .

Bebe conmigo, enebro; una vez te hice beber agua, hoy te doy vino, bebe. . . este vino no te hará daño. . . —Regó el tronco del enebro con el contenido del jarro—. Adiós, amigo mío, tengo frío. —El jarro cayó de sus manos, lo levantó tirándolo lejos. Beber más de la cuenta no es de hombres, —pensó—. No volveré a beber; desde hoy, a palo seco. No iré a las bodegas con los mozos: no son mis amigos, y lo que diga mi madre no tendrá sentido para mí. Mi casa y el trabajo, pero no me rebajaré a fingir lo que no siento.

July Valdezate

